

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: De camino en comunión con el buen pastor (parte 1)
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



De camino en comunión con el buen pastor (parte 1) (14 días)

Día 1

Sal. 23:1-3

Muchas personas conocen el salmo 23 y saben como empieza: “El Señor es mi pastor”. Pero, ¿realmente conocen al Señor como *su* pastor? ¿Acaso no piensan más bien: Yo soy autónomo. No necesito a nadie que me guíe. Yo mismo sé a dónde tengo que ir. ¿Cómo nos vemos a nosotros? ¿Cómo nos ve Dios?

La Biblia no es un libro como cualquier otro. Ella contiene en realidad 66 libros que fueron escritos en un lapso de tiempo de miles de años. Diferentes autores que vivían en culturas distintas, tenían parte en su composición. Por eso es muy llamativa la comparación que se percibe del comienzo hasta el fin de la Biblia: Las personas necesitan, igual que las ovejas, un pastor que las guíe (comp. Nm. 27:17; Sal. 78:52; Ez. 34:11.12; Mt. 9:36).

Con esto se nos dice: Como a las ovejas sin pastor, a nosotros también nos falta por un lado el sentido de orientación. Las ovejas no encuentran el camino hacia su propio establo aunque estén delante de él. Por eso se sienten impotentes cuando son expuestas a las circunstancias y poderes destructivos. Por otro lado ellas tampoco tienen nada para defenderse como otros animales, es así que no pueden sobrevivir sin la protección del pastor. Son presas fáciles para sus agresores. Incluso cuando están juntas sin pastor no pueden formar una comunión protectora en una situación de peligro. Ellas se dispersan y no pueden ser de ayuda una a la otra.

El profeta Isaías escribió: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (Is. 53:6; comp. Mr. 14:27).

Pero *una* capacidad tienen ovejas y personas en común: Ellas pueden escuchar cuando el pastor llama. Por eso Jesús dice: “Yo soy el buen pastor ... mis ovejas oyen mi voz ...” (Jn. 10:11.27). Estamos invitados (comp. Mt. 11:28). ¿Lo queremos?

Día 2

Sal. 23:1; Jn. 10:27-30

El día en el que el pastor pueda decir: “Tú eres *mi oveja*”, será un día muy feliz para los dos, pues empieza una comunión, relación de caminar juntos, que nunca terminará. Para eso se responsabiliza el pastor con Su nombre y Su poder con lo que se compromete con todo Su ser. Por eso Él puede decir de sí mismo: “Yo soy el *buen pastor*. El buen pastor su vida da por las ovejas” (Jn. 10:11). Esto lo hace voluntariamente. “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (Jn. 10:18). De este modo puede prometer a sus seguidores: “Yo les doy vida *eterna*; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:28).

Sin embargo tampoco Jesús actúa en Su propio poder. Detrás de Él está el Padre todopoderoso, cuyo amor se hizo visible por la entrega de la vida de Su Hijo. Por Jesús el Padre atrae a los hombres a Si mismo, y Él es mayor que todos y todo. Por eso vale: “...nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:29.30).

El que elige a Jesús como pastor de su vida, llega al centro del mayor y más profundo amor, que nunca lo rechazará (comp. Jn. 6:37) y cuyo poder no termina, ni frente a la muerte.

El que quiere entrar en contacto con este pastor lo puede decir de esta manera: “Señor Jesús, tú tienes que ser mi pastor. Tú debes guiarme, pues tú conoces el camino también más allá del límite de la muerte, hasta la vida eterna. Allí quiero estar”.

Aunque lo invisible del buen pastor quiere seducirnos a pensar que Él estuviera ausente o que no existe, podemos estar seguros: Él es mayor que todo; por eso Él *me ve y me escucha* (comp. Sal. 145:18.19; 138:3).

Día 3

Sal. 23:1; Éx. 3:1-4

¿Qué significa la realidad de tener un pastor? No quiere decir que cerremos los ojos ante todo lo que pasa alrededor nuestro. Más bien significa que sometemos el mundo visible bajo el dominio del pastor invisible de nuestra alma.

Mucho tiempo antes de David se presentó el invisible pastor a Moisés. Nos preguntamos: ¿Cómo lo escuchó Moisés, y cómo aprendió a someter lo visible al Invisible?

Moisés tenía ochenta años cuando Dios se le reveló en medio de sus labores diarias como pastor; allí en el desierto, lugar de su trabajo. “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob” (Éx. 3:6). Con esta presentación probablemente en Moisés se despertaron recuerdos. No solamente se habrá acordado de las historias de su pueblo, sino de la de su propia niñez. Seguramente él sabía por su madre de la maravillosa intervención de Dios para salvar su vida siendo bebé (comp. Éx. 2:1-10) y también del hablar de Dios a sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob (comp. Gn. 12:1-3; 26:1-4; 28:13-15).

Pero también habían muchas cosas pesadas y difíciles. El pueblo de Israel fue esclavizado; él mismo era hijo de una esclava israelita. ¿Dónde estaba el Dios de sus antepasados? Aunque Moisés mismo por una cadena de milagros se había criado en el palacio de Faraón, con su propia fuerza no podía hacer nada, sino que por su acción impulsiva había tenido que huir (Éx. 2:11-15). ¿Dónde estaba el Dios de sus padres en este tiempo doloroso? ¿Dónde estaba su Dios? Éste le hizo saber: Yo estaba, yo estoy y estaré siempre, yo soy Yahveh. ¡Y yo puedo cambiar todas las cosas! (Comp. Éx. 3:7.8.14; Mt. 28:20b; Ef. 3:20.21.)

Día 4

Gn. 2:7; Éx. 3:14

“Yahveh-roi: el Señor es mi pastor”. Con Su nombre especial, Yahveh, el Señor se había revelado a Moisés. Cuando Dios formó al hombre maravillosamente para tener comunión con él, llama la atención este nombre: En Gn. 2:7 leemos: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida”. ¡Qué relación cercana y personal! Dios quería tener una relación especial con el hombre; este era Su propósito.

Sin embargo en el largo tiempo de distanciamiento del hombre de su Creador, ellos perdieron ese nombre. El hombre se olvidó de Dios; pero Dios, el Señor, nunca se olvidó de sus hombres queridos. (Lea Ef. 1:4,5.)

Por eso una y otra vez habla a ellos. Él habla en forma personal: “¡Moisés, Moisés!” El que nos creó también conoce nuestro nombre y nos hace saber: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre*, mío eres tú” (Is. 43:1; comp. Jn. 1:42; 20:16; Hch. 9:4).

Él habla en forma concreta: “... he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel” (Éx. 3:9.10; comp. Hch. 9:6). Él promete: “Yo estaré contigo” (Éx. 3:12).

Todo lo que pesaba sobre Moisés, sufrimiento, culpa y temor, ya no debería dirigirle. Yahveh mismo quería guiarlo: “Yo soy el que perdona, el que te ve, el que te llama a algo nuevo, a ti y a todo este pueblo. A esto me comprometo con mi nombre”

¿Cómo reacciono yo cuando Dios me habla personalmente? Moisés respondió: “Heme aquí”, quiere decir: “Aquí estoy” (Éx. 3:4).

*en ese lugar podemos poner nuestro propio nombre

Día 5

Mt. 7:7.8; Fil. 4:19

“Jehová es mi pastor, nada me faltará”. ¿Cómo es posible esto? ¿Acaso no estamos luchando con muchas necesidades? ¿Falta de tiempo y fuerzas, falta de amor y amabilidad con nuestros vecinos, falta de salud y dinero, amparo y comprensión en el círculo familiar o de amistad? Muchos de nuestros hermanos en la fe experimentan falta de libertad y seguridad porque han aceptado a Jesús como su buen pastor. ¿Cómo pueden ellos y nosotros salvarse de la trampa de la autocompasión, que nos hace pensar: “Estoy sólo”?

David describe en otro salmo como llegó a tranquilizarse a pesar de muchas experiencias de necesidad: “En Dios solamente está acallada mi alma ... porque de él es mi esperanza” (Sal. 62:1.5.7). Por eso él exhorta: “Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos, derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Sal. 62:8). David reconoce: Mi necesidad, mi falta es el escenario, el trasfondo para una nueva revelación de mi amoroso y rico Señor y pastor.

Como David también nosotros podemos decir lo que nos falta y pedirle: “Señor, me falta paz, amor, amparo ... Yo lo espero de ti. No me lo puedo dar yo mismo. Tú eres mi pastor. Sólo junto a ti llego a tranquilizarme; sólo junto a ti no tendré ninguna falta”.

La confiada petición al Señor nos da apertura para sus riquezas, pues “el que pide, recibe”. El que tiene a Jesús como pastor, puede experimentar lo mismo que Pablo describe desde la cárcel, muchos años después de David, de la siguiente manera: “... he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:11-13). Una y otra vez de nuevo podemos contar de esta manera con nuestro Señor.

Día 6

Sal. 23:2; Is. 43:1-4

“En lugares de delicados pastos me hará descansar, junto a aguas de reposo me pastoreará”. Felipe Keller describe lo que un pastor de ovejas tenía que hacer en un país como Israel. Antes de llevar el rebaño a la pradera, el pastor tenía que revisarla por si tuviese plantas venenosas, si las hubiera, las arranca, porque las ovejas no tienen la capacidad de diferenciar lo dañino de lo útil. Sin el trabajo cuidadoso del pastor, ellas morirían. Pero, ¿qué es lo que el pastor no les ahorra a sus ovejas? Ellas tienen que moverse, caminar por el camino, bajo su guía por cierto, y ellas tienen que comer el pasto.

Al preguntarnos de qué manera Moisés experimentaba el cuidadoso amor de Dios, vemos varios aspectos paralelos. Antes de hablar con Moisés acerca del nuevo lugar de pastoreo, Dios hizo que murieran naturalmente las personas que procuraban matarlo a él (Éx. 2:23; 4:19). Con gran paciencia sacó los obstáculos del camino, las excusas y temores que Moisés le expresó, para que finalmente pudiera ir y encaminarse hacia el nuevo pasto (Éx. 3:13-15). Allí Dios le “alimentaba” nuevamente con la promesa de Su presencia, con la compañía de su hermano Aarón en el camino (Éx. 4:27) y con milagros (comp. Éx. 4:2-9.30.31).

Pero después Moisés tendría que caminar hacia Faraón y anunciarle por mandato de Dios: “Jehová el Dios de los hebreos nos ha encontrado; por tanto, nosotros iremos ahora camino de tres días por el desierto, para que ofrezcamos sacrificios a Jehová nuestro Dios” (Éx. 3:18). Este camino no era una excursión placentera, sino un desafío extraordinario. Sin embargo con el alimento fortificado de las promesas de Dios Moisés podía seguir hacia adelante y no se debilitó a pesar de la creciente resistencia de Faraón.

Sea lo que fuere, lo que hace a nuestra “pradera” como una tremenda exigencia: ¡Dios está y da lo que necesitamos! (Lea Ez. 34:11-16.)

Día 7

Jer. 15:16; Éx. 6:1-6

¿Cómo aprende Moisés a subordinar el mundo visible al pastor invisible de su alma? Visible y palpable era la violenta resistencia de Faraón que respondió con tremenda presión y exigencia de trabajo forzado al anuncio de Moisés (comp. Éx. 5:13.14). Visible y audible era el creciente desánimo del pueblo de Dios por esa inmensa presión (Éx. 5:19-21). ¿Qué hace Moisés?

Con diferencia a su anterior reacción impulsiva, ahora se dirige directamente con todo lo incomprensible al pastor de Israel: “Señor, ¿por qué afliges a este pueblo? ¿Para qué me enviaste?” (Éx. 5:22). De este modo entrega la responsabilidad de su vida y del futuro de su pueblo al invisible pastor. Así está receptivo para la respuesta de Dios y para Sus planes. De nuevo reconoce Moisés “los delicados pastos”, significan total concentración en el pastor, en Sus indicaciones y promesas. Estas le importan más que las amenazas y demostraciones de poderes humanos.

Para el oprimido y afligido pueblo de Israel, el país de esclavitud llega a ser el lugar de los poderosos milagros de su buen pastor, quien condujo a su pueblo a la libertad, a través de diez juicios para los poderes opresores. Todos podían experimentar a Yahveh como aquel que es mayor que el hombre más fuerte del mundo, como el que da lugar para pensar distinto y regresar, como aquel que tiene paciencia y no quiere condenar. También podían experimentar a Yahveh como aquel que realiza lo que dice y el que salva a sus hijos según su cuidadoso plan, para que puedan comprobar a pesar de todas las exigencias: ¡Al que Él liberta tiene motivos para celebrar! (Comp. Éx. 5:1; 12:14.21-24; Nm. 9:1-5.)

Día 8

Sal. 23:3; 36:7-9

No debe ser así, que el pueblo de Dios esté apurado, corriendo sin descanso de una actividad a la otra. Sino la experiencia: “Él confortará o restaurará mi alma”, debería dirigir la vida de cada uno. Aquel que aceptó el gobierno bondadoso de Dios, puede disfrutar el descanso. Él puede sacudirse del dominio de extractores opresores y dirigirse a aquel que es el Creador y Salvador (comp. Ro. 6:16-18.23).

Cada israelita debía experimentar en todos los aspectos de su vida, hasta en el ritmo de los días de la semana: El que me creó, me quiere restaurar nuevamente, me quiere dar nuevo aliento como en el primer día. Por eso cada uno del pueblo de Dios debía celebrar el día de reposo (lea Éx. 20:8-11; 31:16.17).

Como el primer día de los hombres no era gobernado por el trabajo, sino de la admirada observación por el Creador de su vida y del mundo alrededor, así debía el día de reposo respirar tranquilidad, gozo y admiración. Dios santificó y bendijo el día de reposo, para decir a sus criaturas: “Este es el sentido de vuestra vida: estar en amorosa comunión conmigo para siempre. Este es vuestro mejor y racional culto a Dios. Esto le dará a vuestra labor la dirección y el brillo. Nunca os debéis definir por vuestro hacer y pensar, como que de ahí dependiera vuestro valor, sino por lo que sois: los amados de Dios”. (Comp. Ro. 12:1.2.)

Necesitamos tiempo con Dios en el camino de nuestra vida bajo la señal de Su bendición, de Su rostro resplandeciente. Un día de descanso, en el que el buen pastor nos pueda, justo después de la caída en el pecado y fuera del Edén, llevar de regreso ante nuestro Padre celestial, quien es la fuente de gozo y del amor de nuestra vida. Nada nos aviva más que ver el rostro de aquel que nos ama mucho más que cualquier otro. Cada domingo vale la invitación: “¡Vuelva a Él, para que pueda ver Su sonrisa. Y quédese allí hasta que le pueda responder!” (Comp. Sal. 16:11.)

Día 9

Mt. 11:28-30; Sal. 80:3; 138:7.8

Algunas experiencias de vida pueden parecerse a una labor que no respeta el descanso. La tristeza por la pérdida de años o personas, pérdida de salud, empleo o amigos nos pueden cansar y agotar hasta querer morir. En situaciones así es necesario un toque especial y una redención personal del dolor que carcome nuestras fuerzas.

El que nos ha llamado sabe precisamente lo que nos falta. Sólo aquel que nos creó nos puede tocar de tal manera que podamos sentir sanidad interior a pesar de algunas pérdidas. Podemos orar como Asaf: “Oh Dios, restáuranos; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos”.

¿Cómo puede ocurrir esto? En ningún otro, sino en Jesucristo encontramos el resplandor del rostro del Padre. Su invitación vale para nosotros en cualquier situación y/o dolor: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Sin este alivio nadie tendría que vivir. Cada cual que lo quiera, puede aceptar esa invitación una y otra vez de nuevo. (Lea Is. 55:1-3; Jn. 6:35; Ap. 22:17.)

Jesús mismo al final nos lleva de regreso al Padre. Para eso alcanza Su fuerza. Entonces se cumplirá lo que hace cientos de años atrás anunció el profeta Isaías: “Los redimidos de Jehová volverán, ... y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido” (Is. 35:10). Hacia este descanso sin fin estamos en camino. Hasta llegar allí, podemos alentarnos unos a otros y orar: “¡El Señor Jesucristo te consuele! Te restaure en crisis y en el sufrimiento. Es seguro que la confianza no será en vano. Dios te otorga su gozo” (G. Goseberg).

Día 10

Sal. 23:3; Is. 57:18.19

“Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre”. Esta expresión de “sendas de justicia”, conocida por muchos, puede parecernos muy incomprensible en la práctica. “¿Realmente Dios lo hace bien conmigo?” Así se preguntarán algunos, cuando les toca pasar por situaciones difíciles.

Por siete características podemos reconocer lo que transforma nuestro camino en “sendas de justicia”. **1. Es un camino en el que debemos reconocer que Él nos ama** (comp. Jn. 3:16). A veces lo olvidamos en los altos y bajos de nuestro camino, que muchas veces hemos elegido nosotros mismos. Pero podemos retroceder a la convicción de que Dios nunca dejó de amarnos. Pues Él dice viendo los caminos propios de su pueblo por los que fueron llevados al exilio en Babilonia: “Con amor eterno te he amado; por tanto te prolongué mi misericordia” (Jer. 31:3).

A menudo lleva mucho tiempo y largo camino hasta que le creamos esto. Puede pasar que así lleguemos hasta la vejez. Entonces lo podemos hacer como la anciana en un hogar que escuchó de una diaconisa: “Dios le ama a usted”. Con dudas preguntó: “¿Realmente?” Después de la confirmación por la promesa de Jer. 31:3 respondió: “Entonces, ¡lo creo! Sí lo creo”.

En el próximo encuentro la anciana cantó con convicción junto con los demás: “Dios es amor, me redimió. Dios es amor, me ama a mí. Yo estaba atrapado por el pecado y no me podía soltar. Dios envió a Jesús, el fiel Salvador. Jesús mi Salvador se ofreció y fue castigado por mi pecado. Te alabo, eterno amor, te alabo por toda mi vida. Nuevamente lo digo: Dios es amor, **me ama también a mí**” (A. Rische; comp. Jn. 17:22.23.26).

Día 11

Sal. 103:10-14; Lc. 15:11-24; Stg. 4:8a

La “senda de justicia” es **2. un camino en el que Dios nos viene al encuentro con Su gracia** (comp. Sal. 59:10) “Dios se acerca a nosotros por delante, Él muestra su rostro...”, así canta Manfred Siebald. Él nos mira amablemente. Esto debía anunciar el sumo sacerdote Aarón al pueblo libertado en todo el camino a través del desierto: “Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz” (Nm. 6:24-26).

Con esto debían ellos y debemos nosotros saber: El buen pastor no apura a su pueblo desde atrás como los capataces egipcios. Él los motiva y llama desde adelante, como un amoroso padre anima a su hijito con buenas palabras y bondadosa mirada para dar los primeros pasos y, también para levantarse después de una caída.

Incluso nos viene al encuentro como el padre a su hijo en Lc. 15, quien rebelándose contra la autoridad del padre había abandonado su casa. Él corre hacia él con brazos extendidos, lo abraza y lo besa. Quizás el hijo estando lejos se imaginaba el rostro del padre enojado y con rechazo hacia él; ahora estando cerca podía ver la bondad y amabilidad de manera sorprendente y escuchar y experimentar: “... comamos y hagamos fiesta, porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”.

Así la “senda de justicia” también para nosotros puede ser un retorno al Padre, entonces podremos **3. Escuchar la voz de nuestro buen pastor**, quien nos dice: “El Padre mismo os ama...” (Jn. 16:27; comp. 1.Jn. 3:1). ¿Habría algo que me impida ver el rostro del Padre así? Yo puedo hablar con Él al respecto.

Día 12

Col. 1:27

La “senda de justicia” conduce también a los reales valores. Porque en lugar N° 4 **es un camino en el que el buen pastor crea lo nuevo.** Cada uno que escucha Su palabra y se la apropia, recibe como regalo de “bienvenida” un corazón nuevo y un nuevo espíritu. Así experimenta el cumplimiento de la promesa de Dios: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardaréis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ez. 36:26.27).

El nuevo corazón es como el corazón del Hijo de Dios, que palpita para todos los hombres. Aun estando colgado en la cruz Jesús dice: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34).

Con el poder de Su corazón y conociendo el deseo de Su corazón podemos ir como el padre hacia el hermano que nos rechaza y ofrecerle el amor del Padre (lea Lc. 15:25-32; Mt. 18:21.22).

Por “amor a su nombre” y en Su poder estamos liberados para ir por el camino nuevo de la reconciliación. Entonces experimentaremos Su cercanía y comunión en forma especial; pues Su Espíritu de gloria vive en nosotros y puede rogar *en nosotros* como Esteban: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hch. 7:59.60).

Si el rechazo de nuestros familiares nos entristece, no debemos paralizarnos. Con el nuevo corazón podemos estar esperanzados, porque estamos caminando con aquel que dijo: “He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz” (Is. 43:19).

Día 13

Ro. 8:15-18; He. 10:35

La “senda de justicia” es **5. el camino correcto porque es Su camino con nosotros**. Muchas veces no entendemos por qué este o aquel obstáculo está en nuestro camino, por qué tal o cual encuentro con personas trae tantos problemas. Pero no debemos tampoco permitir que lo incomprensible se haga como un muro entre nosotros y nuestro buen pastor, y que pensemos con resignación: “A pesar de todo, ¡estoy sólo!”

En vez de esto podemos levantar con los “ladrillos del muro” un “altar de confianza” que nos invite a conversar con el invisible pastor de nuestra alma (comp. Sal. 62:8). Podemos hablar con Él acerca de todo lo que nos ocurre en este camino, lo hermoso como también lo complicado. Esto es posible: Porque “no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”

Por eso la “senda de justicia” es **6. un camino en el que nunca debemos resignar**. Esto vale incluso cuando tenemos que sufrir la pérdida de nuestros bienes. Cuando Christa von Viebahn, la fundadora de la hermandad de Aidlingen (Alemania), perdió en la 2. Guerra Mundial muchos de sus valiosos libros, le preguntaron: “¿Confías en el Señor aún ahora?” Su respuesta también a nosotros nos puede orientar: “No puedo hacer otra cosa que confiar. La confianza llegó a ser mi posición” (Comp. Lm 3:24.25.)

Por eso: “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón”. (Comp. He. 2:13a.) También nosotros podemos ocupar esta posición de confianza. Pues “Nadie será avergonzado que pone en Dios su confianza. ¿Seré yo el primero que será avergonzado? ¡No, esto es imposible, porque tú eres fiel. Antes caería el cielo, que me engañara tu palabra” (G. Knack; comp. Sal. 25:1-3a).

Día 14

Sal. 23:3; Gn. 39:2.3.21.23

La “senda de justicia” también es el camino en el que todo tiene su lugar correspondiente, porque **7. Yahveh mismo sigue siendo el que actúa**. Puede ser que Él permita a personas el destruir aparentemente nuestros sueños de la vida. Ellas pueden provocarnos temores, tristezas y dolores, incluso meternos en esclavitud. Pero ellas no pueden evitar que los buenos pensamientos de Dios respecto a nuestra vida se realicen y que sean de bendición para muchos.

Así lo experimentó José, el penúltimo hijo de Jacob, el patriarca. Su impresionante historia comienza en Gn. 37. Posiblemente era consentido, y en muchas cosas muy capacitado, por eso de sus hermanos fue rechazado y odiado, traicionado y vendido, aborrecido y olvidado. Pero en todas estas dolorosas vivencias encontramos una y otra vez la noticia misteriosa que en todo lo penoso puso un cambio: “y el Señor estaba con José” (Gn. 39:2-4.21.23; 49:22-25).

No todo lo que los hombres procuraban, ocurrió. Aunque por mucho tiempo no se percataba, Dios lo preparó a él y a través de él la salvación de su familia. De este modo se salvó el pueblo de Dios y también el imperio egipcio. Sin la interpretación de los sueños de Faraón y el empeño salvador de José, ellos también hubieran perecido. Por eso Faraón le dio el nombre “salvador de la vida” (Gn. 41:45).

Con levantarlo de prisionero a ser el segundo hombre en el estado, se cumplían los pensamientos de Dios para la vida de José en una primera parte; con la salvación de su familia, que llegó a él, se cumplía la segunda parte (comp. Gn. 46:1-7.28-30). Por fin José pudo testificar: “Dios lo encaminó a bien” (Gn. 50:20; comp. Sal. 37:37-40).

El que confía en este pastor puede estar seguro: Dios conoce el camino y la meta de *mí* vida y *Él* “me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre “. (Comp. Ef. 2:10.)